

EL
BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO IV.

Lérida, Noviembre de 1878.

NÚM. XI.

LA INTERNACIONAL CRISTIANA.

La renovacion es ley de la naturaleza, y las leyes de la naturaleza infaliblemente se cumplen. Renuévanse los mundos que bogan en la incommensurable region del éter; renuévansen las humanidades, los séres todos que viven en la superficie de los mundos; renuévansen los elementos de vida, los modos de ser de las sustancias, las formas de los cuerpos, las condiciones de los espíritus. Y en esta perenne universal renovacion, en esta eterna palingenesia de los séres, el *substratum*, digámoslo así, de los que preceden, sirve como de levadura de los que siguen, determinando en ellos cada evolucion un movimiento ascensional hácia el progreso. Los mundos nuevos se forman con los residuos nuevamente elaborados de los viejos; la humanidad actual es el renacimiento de las generaciones humanas primitivas.

A esta continua metamórfosis, á esta ley, que lo es de la creacion, no podian sustraerse las instituciones humanas, mas mudables, como hijas de la tornadiza voluntad del hombre, que las portentosas obras de la sabia naturaleza. Pero así como en éstas las transiciones se verifican sin saltos bruscos, sin violentas sacudidas, dentro del cumplimiento

armónico de las leyes, toda renovacion en las instituciones humanas determina solemnes y pavorosas crisis, terribles convulsiones, sangrientas luchas entre los intereses creados à la sombra del pasado y los nuevos derechos que se pretende introducir. En las obras de los hombres siempre se descubren siniestras huellas, las huellas del orgullo y del sórdido egoismo. ¿Sobreviene una idea fecunda, salvadora, con toda la virtualidad necesaria para enderezar los caminos de la familia humana y regenerar el mundo? ¡Ay del genio! ¡ay de la jigante inteligencia que se ha atrevido à concebirla! Una falanje de sabios le abrumarán con su autorizada palabra, con sus orgullosas pretensiones científicas, tal vez con su insultante desprecio, máscara acaso de un sentimiento ruin que ni à sí mismos se confesarían sin vergüenza; y haciendo coro con los sabios vendrán los negociantes y los fanáticos, prestos à calumniar y perseguir al genio que amaga destruir inveterados fraudes y promulgar un decálogo mas puro. ¿Urge renovar una institucion decrepita, viciada, perturbadora, anacrónica, rémora del progreso, baluarte de un órden de cosas que pugna con las mas nobles aspiraciones de la conciencia humana? ¡Ay de los primeros apóstoles! Sobre ellos caerán con rabia los que viven dentro y alrededor de aquella institucion, confiados en la indiferencia con que los pueblos suelen presenciar los primeros combates que se libran por su causa: y si la institucion amenazada es de índole religiosa ó participa en algo de este carácter, la crisis es incomparablemente mas laboriosa y difícil, en razon á que los traficantes tienen de su parte al farisaismo, que es la mentira de la virtud, tan generalizada entre los hombres, y el fanatismo religioso, que es el mas temible de todos los fanatismos.

En nuestros dias asistimos à la mas trascendental de las renovaciones que registrará la historia, renovacion ó trasformacion filosófica, religiosa y moral, preparada por la filosofia del último siglo y fecundada por el espíritu de la Revolucion francesa en lo que tuvo de grande, de civilizadora, de benéfica. La filosófica risa de Voltaire, resu-

miendo y afirmando la herética incredulidad de los hombres pensadores de todos los siglos, destruyó el dogma y dió á la razon el cetro de las conciencias; la proclamacion de los derechos del hombre en la Asamblea francesa, borró las diferencias sociales establecidas en la arbitrariedad y la injusticia, y derramando sobre el mundo la luz de la dignidad humana, mostró el verdadero ideal del progreso basado en la correlacion del derecho y el deber. Entre oleadas de sangre se labraban los cimientos de la nueva fé. No parece sino que las grandes trasformaciones humanas han de venir acompañadas, como los grandes movimientos geológicos, de terribles convulsiones.

La ironía aparentemente escéptica de Voltaire era necesaria, como la única arma capaz de abrir en el muro del fanatismo el boquete por donde penetrase la razon humana en el recinto de los antiguos misterios para escudriñarlos y juzgarlos. Sus certeros disparos iban asestados al sobrenaturalismo, que habia hecho de la filosofía cristiana una teología fantástica y absurda, y á las formas, que habian desnaturalizado el purísimo concepto religioso acariciado en la mente del divino Apóstol de la libertad y del amor; pero en el fondo del escepticismo volteriano palpitaba el espíritu del creyente y germinaba la semilla de la religion del porvenir, exenta de insustanciales ceremonias, hija legítima de la moral del Evangelio. Que Voltaire y la Revolucion dieron al sobrenaturalismo el golpe de gracia, emancipando la razon, ¿cabe dudarlo? Que el racionalismo toma de la moral Evangélica las máximas con que elabora su código de moral social ¿es menos cierto?

Harto lo ha comprendido la secta ultramontana, encarnacion de todos los errores, de todas las veleidades y abusos religiosos cometidos en nombre del cristianismo; gran mistificadora de la moral universal, que promulgó Jesús con aquellas palabras: «*Amaos los unos á los otros.*» Y por lo mismo que lo ha comprendido, y por lo mismo que siente como el mundo sacude su oprobioso yugo; hé aqui porque ha dado la voz de alarma en toda la línea y se prepa-

ra à reñir la batalla decisiva, á fin de recobrar aquel omnipotente dominio que la hizo señora de los pueblos. Sus propósitos y planes los hemos definido en nuestro artículo «La Internacional Negra», publicado en el número de octubre: destruir el derecho moderno en nombre de la tradición, la ciencia en nombre de la fé, la civilizaci6n en nombre del cristianismo, la libertad en nombre del Evangelio.

Precisamente lo que al ultramontanismo le interesa destruir, es lo que á las sociedades les conviene edificar y asegurar. No puede haber comunidad de intereses entre el esclavo y el amo, entre las víctimas y el verdugo: esto es necesario que se comprenda bien. Y de la misma suerte que el apetito de dominaci6n ha agrupado enderredor de una bandera odiosa, hipócrita, envilecida, á todos los que buscan en la ignorancia y el oprobio de los demás su utilidad y encumbramiento, el amor á la libertad ha de agrupar debajo de otra bandera, franca, generosa, noble, á cuantos suspiramos porque la justicia se entronice en la tierra por medio de la elevaci6n del sentimiento y la difusi6n de la luz. La humanidad está enferma, y la devora lentamente la corrosiva lepra de la supersticiosa ignorancia; más, por fortuna, ha conocido su estado, y para hallar la salud sólo falta que se le muestre el remedio. Es indispensable restaurar sus fuerzas morales, que han procurado aniquilar los tiranos del pensamiento.

Hombres de buena voluntad, de conciencia honrada, de corazon recto y ánimo varonil; los que deplorais la iniquidad de los unos y la ceguera de los otros; los que conoceis á los fariseos, á los comerciantes del templo, y cómo han negociado á expensas de los humildes y sencillos; los que condenais esa abominable intolerancia anticristiana que se pretende restablecer para handirnos otra vez en la siniestra esclavitud de la Edad Media; los que habeis estudiado el movimiento religioso de los siglos, y visto hasta que punto ha llegado á falsearse aquella doctrina de caridad y sacrificio sellada con la sangre el civilizador del mundo, oid, oid nuestra voz, que, en su humildad, es, sin em-

bargo, la espresion de una necesidad universalmente sentida, el eco de una aspiracion que hierve en la conciencia de los pueblos. Hay que arrancar á la hipocresía la careta; hay que denunciar los ruines manejos de los que prometiendola felicidad celeste, se granjean las comodidades y bienes terrenales; hay que derribar los altares de tanto ídolo como ha erigido la supersticion; hay que llamar las cosas por su nombre, sin contemplaciones egoistas; hay que llevar la instruccion á todas partes, para que en todas partes se aprenda á discernir lo real y lo aparente, la virtud y el fingimiento, la religion y el fraude religioso, el sacerdote y el mercenario, los bienhechores de la humanidad y los que no son ni aspiran á ser sino sus opresores y exactores. A la Internacional Negra, organizada por el ultramontanismo para recobrar el monopolio de las conciencias, hay que oponer la fuerza colectiva de todos los hombres de bien, amantes de la justicia y del progreso, la INTERNACIONAL CRISTIANA, que ha de tener por objeto precipitar la solucion de la crisis social y religiosa que atraviesa el mundo y cooperar á la necesaria é inevitable trasformacion de esas instituciones degeneradas que, habiendo agotado su fecundidad á causa de haber inoculado en ellas su corrompida sávia el utilitarismo y el orgullo, ya no pueden servir sino de tropiezos y resistencias en la marcha desembarazada de los humanos destinos. Los tiempos no pueden ser mas oportunos y favorables: por una feliz conjuncion de circunstancias el ultramontanismo no es ya aquel monstruoso gigante, aquel terrible dominador de otras épocas. De su poder y antigua fiereza no conserva sino la piel. Es el gigante Goliat, pero á quien el David de la civilizacion ha cercenado la cabeza. La Internacional Cristiana puede luchar con él en la seguridad de vencerlo.

El hace la guerra al derecho moderno en nombre de la tradicion, y nosotros hemos de hacérsela á la tradicion en nombre del derecho; no á la tradicion basada en los eternos principios de justicia, condicion y elemento indispensable de progreso, sino á la que se funda en hechos consuma-

dos en fuerza de la arbitrariedad y el monopolio, que es la tradicion invocada por el ultramontanismo. Que los pueblos vean con toda claridad la enorme diferencia que hay entre la tradicion genuinamente evangélica, de igualdad y amor entre los hombres, y la tradicion ultramontana, de privilegio y anatema. Háse introducido multitud de abusos y corruptelas que miran al predominio y granjería de una casta en menoscabo de los intereses comunes, materiales y morales; háse desnaturalizado el primitivo cristianismo de suerte que lo accidental ha venido á sustituir á lo esencial, la forma y la pabra al pensamiento y al espíritu, y urge hacer que todo esto sea conocido y juzgado y condenado por los mismos de cuya ignorancia se prevalieron los mistificadores para cimentar en ella su comercio. ¿Qué ha de ser la tradicion sino el precioso legado que á la posteridad se transmite, para que, estudiando en él las necesidades y los hechos de cada época, sirva de punto de partida á nuevos desenvolvimientos sociales, cada dia mas armónicos y perfectos? Téngase muy en cuenta que únicamente la tradicion divina, concordancia perfecta entre los hechos y las leyes universales, es la que responde á todas las necesidades y á todos los tiempos, debiendo por ende ser reputada como elemento eterno de progreso; y que la tradicion humana, así sea apostólica como histórica, así eclesiástica como doctrinal, solo responde á determinados tiempos y á necesidades transitorias, debiendo ser considerada mas bien como objeto de estudio para graduar el alcance del movimiento de la civilizacion en sus sucesivas etapas, que como pauta á la cual hayan de subordinarse los destinos de la humanidad en sus ulteriores desarrollos. Queremos significar con estas palabras, que, mientras la tradicion divina no prescribe jamás, la humana prescribe una vez agotada su virtud fecundante; que mientras la primera es foco de eterna luz, la segunda es antorcha que alumbra cada dia menos y concluye por apagarse.

El ultramontanismo hace la guerra á la ciencia en nombre de la fé, y la mision de la Internacional Cristiana es so-

meter la fé al veredicto de la ciencia, del cual no puede salir sino condenada á perpétuo estrañamiento de toda razon sensata. Entiéndase que no hablamos de la fé propiamente divina, la cual radicando en los eternos principios de moral y en la concordancia armónica de los fenómenos y sus leyes, nada puede temer de la investigacion filosófica, antes al contrario, se robustece y afirma con las conquistas del entendimiento: hablamos de esa otra fé turbia, ciega, enemiga del exámen, irracional, que los ultramontanos han ingerido en su código político-religioso, y sin la cual jamás hubieran podido implantar en las conciencias sus errores y en los pueblos su despótico dominio: hablamos de esa fé contradictoria, absurda, que pretenden hacer pasar por sobrenatural donativo, y que imponen por la violencia como si fuera natural. Los ultramontanos empiezan cegando á sus adeptos con el sutil polvillo de la fé para venderles luego por alhajas de oro de ley y pedrería sus dijes de alquimia y sus cuentas de abalorio; y son enemigos de la claridad, ya porque á los ciegos que acaudillan no les sirve, ya porque sus tiendas y trastiendas, como las de los traficantes de mala fé, necesitan estar á oscuras. Seamos, pues, oculistas, permitasenos la palabra, los que deseamos para la humanidad ennoblecidos destinos; quitemos las cataratas á los ciegos, y registremos en su compañía, llevando la ciencia por lumbrera, las tiendas de los traficantes religiosos.

La secta ultramontana hace la guerra á la civilizacion en nombre del cristianismo, y á la Internacional Cristiana le corresponde demostrar que las doctrinas y prácticas ultramontanas son el polo opuesto de la predicacion y de las prácticas recomendadas por el Cristo. ¡Oh! esta demostracion es bien sencilla; no es necesario apelar á grandes recursos de ingenio para hacerla: bastará abrir el Evangelio por cualquiera de sus páginas, y comparar con la mansedumbre y las amorosas amonestaciones de Jesús, el desenfrenado orgullo, la intolerancia y el encono de los sectarios que pomposamente blasonan de ser los únicos é infalibles intérpretes de Dios. ¿En qué evangélica máxima se

autoriza la guerra y el derramamiento de sangre por la fé? ¿De qué enseñanza cristiana se hacen derivar las persecuciones religiosas? ¿Cuál de los evangelistas predicó la resistencia á las leyes y á los príncipes en el gobierno de los pueblos? ¿Dónde estableció Jesús que el agua, y las manos elevadas al cielo, y los golpes en el pecho, y las formas externas del culto, y la oracion retribuida, fuesen condiciones esenciales de salvacion y progreso espiritual? ¿Por ventura autorizó con su ejemplo ó sus discursos el fausto y las riquezas de los ministros de la palabra? Y si nada de esto autorizó, ¿cómo el clericalismo ultramontano, que lo autoriza y lo practica, osa titularse fiel depositario é intérprete de la revelacion cristiana y heredero de la mision de Jesús? Sólo por una insigne aberracion del entendimiento humano, sólo por la perversion completa del sentido moral y la crasísima ignorancia de las generaciones que nos han precedido en la terrestre morada, puede esplicarse que pasasen desapercibidas las innumerables mistificaciones introducidas y las amputaciones hechas en el símbolo cristiano. Hombres de buena voluntad, acogeos á la civilizadora Internacional cuyo primer pontífice es el Cristo, y decidles á los ignorantes, con el Evangelio en la mano, que jamás la secta ultramontana ha sido ni podido ser representante del cristianismo en su nativa pureza.

El ultramontanismo, en fin, hace la guerra á la libertad en nombre del Evangelio; pero ¿de qué Evangelio? No del de Jesús; porque el Evangelio de Jesús es la sancion mas solemne de la libertad, especialmente de la libertad de conciencia, que los ultramontanos ahogaron en sangre y llamas cuando su maléfica influencia informaba las leyes y gobernaba las repúblicas. El Evangelio ultramontano es el de los fariseos, que cerraban el reino de Dios delante de los hombres y ni ellos entraban ni dejaban entrar á los demás; que devoraban las casas de las viudas haciendo largas oraciones; que predicaban las cosas insustanciales, y dejaban las más importantes de la ley, la justicia, la misericordia y la fé; que hacian caso de conciencia del mosquito, y se

tragaban el camello; que limpiaban lo de fuera del vaso y del plato con sus aparatosas ceremonias, y dejaban sucio lo de dentro, olvidando el espíritu de la ley; que con su hipocresía y liviandades se asemejaban á los sepulcros blanqueados, exteriormente hermosos, é interiormente llenos de inmundicia y corrupcion. Este es el Evangelio en cuyo nombre pretenden los ultramontanos matar la libertad, porque la libertad ha de ser el juicio de sus abominaciones. Por esto á los mandamientos de Dios, que son los de la naturaleza y de la ley, han añadido y puesto por delante los suyos, que son los de su miedo y conveniencia. Sed egoistas, usureros, ladrones, adúlteros, rebeldes, ateos, inhumanos, hipócritas, homicidas; mientras oreis en público, y ayuneis, y os abstengais de ciertas viandas en determinados dias, y habléis bien de la secta, y asistais á sus ceremonias, los ultramontanos cubrirán todas vuestras faltas con un tupido manto; mas si por desdicha os creéis dispensados de someteros ostensiblemente á sus exterioridades, aun cuando adoreis á Dios y ameís fraternalmente al prójimo, seréis á su decir hijos del príncipe de las tinieblas y sellarán vuestra frente con el estigma de los réprobos, haciendo caso omiso de que Pablo predicara la necesidad de la circuncision espiritual á la par que la inutilidad de la circuncision del cuerpo. Pues bien; uno de los preferentes deberes de la Internacional Cristiana será entregar al juicio de los hombres ambos Evangelios, el de Jesús y el del ultramontanismo, para que nadie dude de que al combatir el segundo la libertad, combate en ella el espíritu capital, el alma de la moral evangélica.

En resúmen; el lema de la Internacional Cristiana ha de ser el mismo de la civilizacion, instruir y moralizar al pueblo, arrancándole así á la esplotacion religiosa de que viene ya muy de antiguo siendo víctima. Para ello no se necesita pactos previos, ni reglamentos, ni afiliaciones, ni símbolos, ni algaradas, sino honradez, amor al bien, y varonil entereza para proclamar la verdad en todas partes sin contemplaciones egoistas: que la ignorancia y la supers-

cion no se matan con asociaciones tenebrosas ó empleando la fuerza, ni los ídolos se derriban á gritos y amenazas, sino llevando á los entendimientos y á las conciencias el espíritu de exámen, el calor de la conviccion y el claro discernimiento de lo justo. Téngase muy en cuenta que si el error subsiste, es debido no pocas veces á la indolencia de los que, conociéndolo, no quieren tomarse la pena de manifestar públicamente su sentir, esperando que el tiempo se encargará de aclarar las cosas y acelerar el movimiento del progreso: los tales guardan la antorcha debajo del celemin, y lá humanidad no tiene que agradecerles nada. Téngase muy en cuenta que si el error, para sostenerse, necesita ejércitos armados de feroz intolerancia; á la verdad, para desalojarlo de sus posiciones, le basta que un solo soldado la proclame con perseverante entusiasmo. Si los irracionales y antieristianos dogmas de la secta ultramontana tienen aun asiento en las creencias del pueblo, demos las gracias á esos espíritus acomodaticios que, sin embargo de rechazarlos en el foro interno de la conciencia, ostensiblemente los respetan y sancionan.

A la desvergüenza de los falsarios religiosos que han hecho del cristianismo un arancel productivo, (1) que han convertido el Templo en mercado y la religion en mercancía, opongamos la dignidad y noble entereza de los espíritus honrados é independientes, amantes de la justicia, resueltos á predicarla como ley única de perfectibilidad, en el seno de la familia, en calles y plazas, en escuelas y ateneos, donde quiera que haya un entendimiento ó una conciencia que pueda aprovechar esta saludable propaganda. Jesucristo no vino á fundar una casa de comercio; vino á recoger las eternas verdades de moral universal que vagaban dispersas sin asiento en los corazones, para formar con ellas las Tablas de la redencion humana, santificadas luego con su ejemplo y selladas con su generosa sangre: deber es, pues, de la Internacio-

(1) Nos referimos á los mercadores del Templo, no á la Iglesia Cristiana Universal.

nal Cristiana instruir en aquellas verdades al pueblo, para que, conociéndolas y meditándolas, caiga en la cuenta de que ni el comercio, ni el orgullo, ni la persecucion, ni el dominio, ni las ceremonias externas, ni nada que no sea adoracion *en espíritu y en verdad* y amor al prójimo, es cristianismo de Jesús. Todo el que conozca la falsedad de la moneda, denúnciela por falsa y rechácela: obrar de otra manera es contribuir á que el pueblo la tome por oro ó plata de ley. El que reputa anticristiano el mercantilismo religioso, y sin embargo lo fomenta con su óbolo, así como el que conceptúa insustanciales las ceremonias de la secta ultramontana, y sin embargo se asocia á ellas, uno y otro son falsificadores de la verdad y arriman el hombro á la mentira, que tal vez no subsistiría sin su aparente adhesion. Son espíritus medrosos ó egoistas, á quienes el miedo ó la conveniencia, ó ambas cosas á la vez, inspiran una filosofía de transacciones perjudicial á ellos, que se engañan miserablemente, y á los demás, á cuyo engaño involuntariamente contribuyen.

La gran crisis religiosa sobreviene; la idea cristiana, despues de una laboriosísima germinacion de diez y nueve centurias en el seno de la humanidad, está próxima á mostrarse al mundo en toda su lozanía y esplendor, en toda su fecundidad y pureza original. Confinada en el santuario de las almas fieles al Evangelio, escarnecida por los fariseos herederos de aquellos que crucificaron á Jesús, mistificada por los eternos corruptores del sentimiento religioso, perseguida y llevada al calvario y á la hoguera en aquellos de sus apóstoles que osaron condenar la hipocresía, la corrupcion y el engaño, hubiera naufragado mil veces en tantos y tan formidables escollos, á no haber en los grandes movimientos humanos algo superior al poder y previsiones de los hombres. Aquella idea, que debían haber ahogado la ignorancia, el fanatismo, la injusticia y la soberbia, surge hoy con mas fuerza que en los primeros siglos del cristianismo, posesionándose, en el mundo político, de las leyes, y en el mundo moral, de las

conciencias. ¿Qué escuela política niega ya al principio democrático la virtualidad necesaria para hacer en un porvenir mas ó menos remoto la felicidad de los estados? ¿quién no presiente su advenimiento en el gobierno de los pueblos? ¿quién no tiene hambre y sed de que la igualdad sustituya al privilegio, la libertad, como espresion del derecho, al monopolio como espresion de la fuerza, la fraternidad à ese bastardo apetito de dominacion que nos devora, que nos divide, que fomenta lo odios, que enciende las guerras, que aviva y estimula todos los gérmenes de iniquidad y corrupcion? Es que el cristianismo se impone como una necesidad social y moral, política y religiosa; es que el mundo se apercibe de que la ceguera del espíritu solo conduce al culto de los ídolos fraguados en los talleres de las sectas; es que la ciencia, hija de Dios, proclama la unidad de origen y destino de todas las criaturas inteligentes, la unidad de moral, la inestabilidad y caducidad de los cultos, y la eternidad y universalidad de la religion sin ceremonias, que reasume todos sus preceptos en *el amor y la justicia*.

Soldados de la Internacional Cristiana, hombres todos que al amor y á la justicia tributais sincero culto, han llegado los dias en que seais conocidos por vuestras obras, en que podeis acelerar el advenimiento de vuestros ideales, en que los pueblos necesitan de vuestra actividad y consejos para entrar resueltamente en la via de su regeneracion, los dias de pelear en cumplimiento de santísimos deberes. Enarbolad con franqueza y valentía vuestra bandera de dignidad, de emancipacion, de civilizacion, de vida, en frente del estandarte de vergüenza, de esclavitud, de retroceso, de muerte, que tremola en los alcázares del ultramontano la Internacional Negra. Si vosotros quereis, el comercio político-religioso de los ultramontanos habrá acabado para siempre: bastará que no entreis en sus tiendas ni contrateis con ellos; que hagais notoria la falsedad de sus mercancías y la ilegitimidad de su tráfico; que contrasteis públicamente y aquilateis las productivas ceremonias de su culto, comparándolo con las enseñanzas evangélicas; que

seais, por decirlo de una vez, exteriormente, lo que sois en lo interior, predicando y obrando con sinceridad aquello mismo que conoceis y sentís. Ellos creen que la mujer es suya por vanidad y fanatismo, y fian en ella la oprobiosa restauracion de su dominio; pero la mujer es del hombre, cuando el hombre sabe mostrarle dignamente el camino de la verdad y el esplendor de la justicia. La torre, la babel ultramontana se bambolea: soldados de la Internacional Cristiana, batidla con el ariete de la predicacion, y la veréis desplomarse á vuestros piés.

J. AMIGÓ Y PELLICER.

LAS PARÁBOLAS DEL EVANGELIO.

PARÁBOLA DE LA VIÑA Y DE LOS VIÑADORES.

Érase un padre de familias, que plantó una viña, y la cercó de un vallado, y cavando hizo en ella un lagar; edificó una torre, arrendóla despues á ciertos labradores, y se ausentó á un país lejano. Venida ya la sazón de los frutos, envió sus criados á los renteros para que percibiesen el fruto de ella. Mas los renteros, acometiendo á los criados, apalearon al uno, mataron al otro, y al otro le apalearon. Segunda vez envió nuevos criados en mayor número que los primeros, y los trataron de la misma manera. Por último les envió su hijo, diciendo para consigo: A mi hijo por lo menos le respetarán. Pero los renteros al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémoslo, y nos alzaremos con su hacienda. Y agarrándole le echaron fuera de la viña y le mataron. Ahora bien, en volviendo el dueño de la viña ¿qué hará á aquellos labradores? Hará, dijeron ellos, (los discipulos) que esta gente tan mala perezca miserablemente; y arrendará su viña á otros que le paguen los frutos á sus tiempos.»

Cualquiera comprenderá que esta parábola es un emblema del pueblo de Israel, en la cual tuvo Jesús un particular cuidado en poner de manifiesto el cuadro de aquellos prevaricadores hebreos, representados por los viñadores, quie-

nes tan mal se condujeron en el cultivo de la viña, en la edificación humana, ya que por medio de la doctrina del Sinaí, habían podido venir en conocimiento del Dios verdadero, Creador único, premiador de buenos y castigador de malos, como también en conocimiento de la moral por los preceptos del Decálogo, y todo en la elección que de ellos había hecho el Señor, para que en el cumplimiento de su misión fueran la estrella polar, el guía y el ejemplo de las demás gentes del mundo. Sí, efectivamente; el pueblo hebreo era el depositario de la fé y de la tradición, de las luces por medio de las cuales habíase de conducir á las generaciones por los rectos caminos de la verdad y del bien, cultivando con solicitud y buena fé la viña que Dios le confiara para la mejor y mas abundante producción de fruto, fruto del que se habían de alimentar los mismos hebreos desde luego, y á su vez y á su ejemplo las demás naciones de la tierra.

Mas no fué así; entregados en su carrera á los desvíos que los malos instintos, las pasiones y vicios engendran, lejos de aprovechar los ricos dones de luz que habían recibido, y los saludables ejemplos que les venían de tiempo á tiempo por los profetas, no solamente los despreciaron, sino que persiguieron á estos últimos, haciéndolos padecer toda suerte de torturas crueles, y hasta llevar á muchos de ellos á la muerte, incluso el hijo del padre de familias. ¡Ay! bien sabemos todos cual fué la malignidad de su corazón y la ofuscación de su entendimiento, en la realización de tan abominables crímenes, sobre todo, el de la muerte vil y afrentosa del divino Maestro en la montaña del Calvario.

Mas así también, cual requería la justicia del Cielo, se les deparó el condigno castigo, haciendo que otros operarios vinieran á reemplazarlos en la viña del gran Padre de familias, á fin de producir frutos de mejor vida y de mayor honra y gloria, en cumplimiento de la paternal voluntad de Dios, quien se propuso desde la eternidad ofrecer á las humanidades los medios necesarios para sus desarrollos en la regeneración y perfectibilidad, para su salvación, en una palabra, que es su último término y destino. Y este plan de

Dios con respecto á los hombres y en lo referente al reino de los cielos, prometido y predicado por Jesús, no ha de quedar por cierto nunca destruido. Por eso en su mision de divino Maestro, en formal promesa y como complemento de la parábola precedente, en sentidas, bien que misteriosas palabras, recordando las Escrituras dijo: *«La piedra que desecharon los fabricantes, esa misma vino á ser la clave del ángulo. El Señor es el que ha hecho esto, y es una cosa admirable á nuestros ojos. Por lo cual os digo, que os será quitado á vosotros el reino de Dios, y dado á gentes que rindan frutos. Ello es que quien cayere sobre esta piedra, se hará pedazos; y ella hará añicos á aquel sobre quien cayere.»* En la significacion de estas últimas palabras se vé el pensamiento y la voluntad de Dios, que quiere que el reino de la fé, del cristianismo verdadero, que es el alma de la iglesia universal, no perezca nunca, á fin de que sirva para luz y salud de los hombres; mas el que se separa de este espíritu puro del Evangelio eterno, ó se oponga á su verdadera esencia y desarrollos, será reducido á añicos, segun la expresion bíblica. Esta es una verdad que debiera poseerse y difundirse; que en ella hay mucho, mucho consuelo y esperanza para todos los amantes del bien, para todos los que aspiran á la perfeccion y á la gloria.

PARÁBOLA DEL FESTIN Y DE LOS CONVIDADOS QUE SE ESCUSAN.

«Un hombre dispuso una gran cena, y convidó á mucha gente. A la hora de cenar envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron todos, como de concierto, á excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja y necesito ir á verla; ruégote que me des por excusado. El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos: dame te encargo por excusado. Otro dijo: Acabo de casarme y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado refirió todo esto á su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo á su criado: Sal luego á las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisjados, y ciegos, y cojos hallares. Dijo

despues el criado: Señor, se ha hecho lo que me mandaste y aun sobra lugar. Respondióle el amo: Sal á los caminos y cercados, é impele á los que halles á que vengan, para que se llene mi casa. Pues os prometo que ninguno de los que ántes fueron convidados ha de probar mi cena.

Esta parábola, en su objeto y sentido, es análoga á la del festin de las bodas del hijo del Rey, á las cuales fueron convidados cuantos se encontraron de paso, en las plazas, calles y barrios, á todos finalmente, pobres, cojos y estropeados, con una liberalidad la mas generosa. Y sin embargo, fueron muchos los que rehusaron ir, alegando excusa, y apenas dando importancia á la generosidad de los dueños de aquellas casas de convite. El festin representa el reino de Dios, y sus manjares son la doctrina de Cristo con que han de alimentarse los convidados que la acepten y sigan. Los convidados que no respondieron al llamamiento son los hombres que rechazaron y rechazan el beneficio de la palabra divina, prefiriendo ocuparse con toda su solicitud de las cosas de la tierra, de los bienes y riquezas que mejor halagar pudieran su concupiscencia, su poderio, orgullo y dominio; insistiendo con tal motivo el Padre de familias, representando al Dios bondadoso del cielo, en ir en busca de todos los necesitados de alimento sustancial para la vida del espíritu, siempre con el deseo y la buena voluntad de atraer á las gentes y llenar su casa de convidados, á fin de que alimentándose del festin celeste, pudiéran, alentados y fortificados por el verdadero alimento del alma, continuar en su viaje de peregrinacion y merecimiento, conquistando por la cooperacion de un sostenido y generoso trabajo todo mejoramiento en la vida, y luego la perfeccion y dicha que solo en su plenitud pueden hallarse en el cielo, allá en el curso indefinido de la eternidad.

PARÁBOLA DEL SAMARITANO.

«Bajaba un hombre de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de

heridas, y se fueron dejándolo medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote, y aun que le vió, pasó de largo. Igualmente un levita, á pesar de que se halló vecino al sitio, le miró y tiró adelante. Pero un viandante de nacion samaritano llegóse á donde estaba, y viéndole, movióse á compasion. Y arrimándose, vió sus heridas, bañólas con aceite y vino, y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al meson, y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios, y dióselos al mesonero, diciéndole: Cuidame este hombre; y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré á mi vuelta. ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues anda, dijo Jesus, y haz tú otro tanto.» Tal es el ejemplo que Jesús dió al pueblo, contestando por medio de esta parábola al doctor, quien, queriendo dar á entender que era justo, preguntó á Jesús: ¿Quien es mi prójimo?

Esta parábola se presenta clara en su significacion, y apenas requiere comentario esplicativo. Solo si recordaremos, lo que ya otras veces se ha recomendado no olvidar, y es que Dios, Padre bondadoso, solícito siempre por el bien de sus criaturas, las mira á todas benignamente en su misericordia y bondad, cualquiera que sea por otra parte su pátria y su culto. Hemos de tener presente que todos somos hermanos y que entre nosotros, sin distincion de personas, hemos de procurar practicar en primero y último término la *caridad*, que es lo esencial en el cumplimiento de la ley de Dios, y el recto camino para alcanzar la salvacion de nuestras almas. Debemos imitar en nuestra conmiseracion para con todos el ejemplo del Samaritano, dejándonos llevar siempre de la bondad del corazon, sin miras de ostentacion y de egoismo. Todos los hombres son nuestros hermanos, y como tales debemos amarnos y favorecernos mutuamente, cualquiera que sea su origen, su linaje, su culto y lenguaje. Sí, no debiéramos nunca olvidar que todos, blancos y negros, pertenecemos á la gran familia humana, al mismo linaje de Dios, queriendo por lo mismo éste que nos amemos y

protejamos como verdaderos miembros de la universal asociacion. ¡Cuán presente deberia tenerse la parábola referente al samaritano! Ella es por una parte la condenacion de la dureza del corazon y del egoismo, y por otra un ejemplo de la fraternidad y apoyo que nos debemos recíprocamente; y así es que, si queremos seguir las máximas y doctrinas de Jesús, segun deber es de todo buen cristiano, hemos de procurar amar en lo posible, hasta á los mismos enemigos, haciendo bien, como se nos recuerda y prescribe en el Evangelio, no solamente á nuestros amigos, sino tambien á los que nos aborrecen, rogando por todos, hasta por los que nos odian, calumnian y persiguen: esta y no otra es la esencia de las enseñanzas del Cristo.

PARÁBOLA DE LA HIGUERA.

«Tomad, decia Jesús, esta comparacion sacada de la parábola de la higuera. Cuando sus ramas están ya tiernas y brotan las hojas, conoceis que el verano está cerca; pues así tambien, cuando vosotros veréis todas estas cosas, tened por cierto que ya está para llegar el reino de Dios, que está á la puerta. Lo que os aseguro es que no se acabará esta generacion, hasta que se cumpla todo eso. El Cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no faltarán.»

Difícil es, segun la letra; dar una explicacion satisfactoria sobre esta parábola, cuyo fondo está bajo velo, bien que no del todo ininteligible, puesto que la similitud que se propone en ella ayuda á sacar en claro hasta cierto punto su genuina significacion.

En su sentido oculto, Jesús parece referirse á su nueva venida, llamando la atencion de las generaciones que habian de sucederse, las que poco á poco, andando los tiempos, habian de ver despuntar en el horizonte de las inteligencias los sucesos, que, á la manera que los brotes y las hojas de la higuera manifestaban la proximidad de la primavera, los entendidos, vislumbrando nuevos horizontes, habian de ser los precursores de una nueva ma-

nifestacion, de una nueva revelacion, más explicita, mas en *espíritu* de inteligencia que las anteriores, segun aquello del Evangelio: *Yo os enviaré el Espíritu de Verdad*, para que os ilumine y haga desaparecer los errores y los desvíos del entendimiento, del corazon y del sentimiento; él vendrá en el curso de las generaciones á restablecer las cosas, las ideas, las enseñanzas que los hombres habrán adulterado por sus ignorancias, si no por intencion y mala fé; preparando así á las gentes á medida de sus progresos para el conocimiento mas amplio y esclarecido sobre la venida del reino de los Cielos, ó sea de la moral y caridad, de la justicia en toda la extension de la tierra. Este es el reino de Dios que ha de establecerse entre los hombres, por sus adelantos y virtudes en el órden de la Providencia; el que imploramos en la oracion del Padre Nuestro, que por cierto no es otro que la personificacion de la moral y del progreso en este globo para la dicha presente de sus moradores, y despues para la felicidad que los buenos pueden esperar gozar por sus virtudes en los cielos. Y de esta manera es como puede decirse que el reino de Dios se acerca, en cuanto más progreso y mayor grado de perfectibilidad hay en el gran movimiento de los actos humanos; perfectibilidad á que Dios nos brinda y empuja, suave y constantemente, debiendo secundar, obedecer nosotros á este impulso divino, por los libres y generosos esfuerzos de nuestra actividad, por todas nuestras virtudes y merecimientos; que tal es la voluntad divina, la cual tarde ó temprano habrá de cumplirse, pero sin coartar nunca en lo mas mínimo la libertad del hombre.—M.

EN BARCELONA Y TARRAGONA.

I.

Vamos á permitirnos, con el beneplácito de los lectores de EL BUEN SENTIDO, visitar, á manera de romeros

pacíficos ó como quien se propone ganar el jubileo, algunas de las iglesias de Cataluña donde en la actualidad predicán la palabra divina la flor y nata de los predicadores andantes. Andantes decimos, que es en el presente caso lo mismo que trashumantes, porque no son de este país, sino que han venido de luengas tierras á salvar almas catalanas: y aun de alguno de ellos se dice con tanta propiedad *andante* ó *trashumante*, como que, segun de público se cuenta y todo el mundo sabe, abandonó, sin encomendarse á Dios ni al diablo, su canongía de Vitoria, para *trashumar* á las montañas de D. Carlos y *andar* á salto de mata ni más ni menos que el último de los mortales guerrilleros.

Acabóse la guerra. Los presbíteros marciales, guardando para mejor ocasion la galoneada boina, han calzado otra vez de buena ó de mala gana el antiguo bonete; y ahora predicán la caridad y la paz, salvo algunas distracciones, por aquello de que la cabra siempre tira al monte, en que se les escapan frases de odio y exterminio. Más dejemos estas cosas por demasiado sabidas, y digamos algo del ex-magistral de Vitoria y ex-cortesano del Pretendiente, Doctor D. Vicente Manterola, y de sus predicaciones en la capital del Principado.

Recordarán nuestros lectores que este Sr Manterola, á su regreso de la montaña, dió en la flor de hacer al cristianismo spiritista cruda guerra desde el púlpito en uno de los templos de Madrid; y no habrán olvidado tampoco que, hostigado por el Vizconde de Torres-Solanot, que le retaba á discutir en el terreno de la prensa, sorteó el compromiso replicando que sus estudios y juicios respecto al spiritismo verian pronto, muy pronto, la luz pública en un libro, que, al parecer se estaba ya imprimiendo. Dos años largos de talle han trascurrido, y el libro no parece. Por qué no parece? La razon es obvia: porque á un libro se puede oponer otro, y á un sermon predicado en el púlpito de la izquierda no se puede oponer otro sermon desde el púlpito de la derecha. Que se autorice esto, y apostamos diez contra uno á que el ex-magistral no vuelve á

mentar el cristianismo espiritista para nada: no fuera cosa que hubiese de cantar la palinodia ó que le silbase el auditorio. ¡Cuántas elocuencias enmudecerían! ¡Cuántos oradores abandonarían el oficio!

Pues bien; lo que hizo en un templo de Madrid, lo hace actualmente el Sr. Manterola en un templo de Barcelona: combatir el espiritismo desde el púlpito. Pero ¿qué ha sucedido en Barcelona? Lo que el ex-canónigo indudablemente no imaginaba ni temía: que una sencilla mujer, saliéndole valientemente al paso, ha derribado el formidable castillo de su argumentación, demostrándole, en un precioso artículo titulado «Un voto de gracias», inserto en la *Gaceta de Cataluña* correspondiente al día 8 del actual, que puede una débil mujer batirse victoriosamente con un gigante cuando lucha animosa por la verdad y la justicia. Sí; nuestra hermana Amalia Domingo ha recogido el guante lanzado por el orador Sr. Manterola, y este no se ha atrevido á dar un paso fuera de su tienda y medir sus fuerzas con la heroína. En balde le ha provocado segunda y tercera vez á dirimir la contienda en el campo neutral del periodismo: bien se está San Pedro en Roma, y bien se está el orador en su púlpito recogiendo fáciles y no disputados laureles. Afirmaba éste, de puertas adentro, que los cristianos espiritistas fluctuamos sin saber donde fundar nuestras creencias; y Amalia le replica, de puertas afuera, exponiéndole nuestro credo, basado en la existencia de Dios, en la vida eterna del espíritu, en el progreso como ley universal, en el amor y la justicia. ¿Le parecen estos fundamentos poco sólidos al ex-canónigo Don Vicente Manterola? Pues vengan acá los fundamentos de las doctrinas que él proclama, y veremos que son la *fé ciega* y el *misterio*. ¡Magnífica base para un edificio sin luz, para un calabozo, ó para una vivienda de ciegos! Hay hombres que aun creen que la tierra es el centro inmóvil del universo y no quieren persuadirse de que andamos; que arman al hermano contra el hermano, avivan las discordias, promueven las guerras civiles, y luego preten-

den ser tenidos por ministros de paz y de caridad; que tienen una medida para los altos y otra para los bajos, y aun blasonan de apóstoles de la igualdad evangélica; que disfrutan pingües rentas, acumulan riquezas, se procuran todas las comodidades de la vida, y aun alardean de ser los herederos de la pobreza de Jesús; que tienen constantemente el demonio y el infierno en los labios, y sin embargo están tranquilos y rollizos, ni más ni menos que si interiormente se riesen de aquellas horrendas amenazas, de aquellos fuegos y de aquellos satanases. Dice el ex-magistral que para creer en Dios es necesario creer en la religion católica: efectivamente; se cree en Dios, abriendo los ojos, y se es católico, cerrándolos. Y como si se hubiese propuesto atraer á los cristianos espiritistas por medio de la mansedumbre, concluye llamándolos ladrones, sacrílegos, maliciosos, nefandos, malvados, hipócritas é impíos. Hay que perdonar al ex-canónigo: esas incultas é iracundas frases son resabios del lenguaje de campaña, á que se acostumbra sin querer en la corte de D. Cárlos.

Reciba nuestra hermana Amalia Domingo el más sincero parabien, por las lecciones de cristianismo que está dando al predicador Dr. D. Vicente Manterola.

II.

Donde menos se piensa, salta un jesuita, y en estos tiempos no es de maravillar que en todas partes salten jesuitas, porque abundan mas que las liebres. No se eche á mala parte la comparacion, pues ésta se refiere sólo al número y no á la calidad.

Viniendo al caso, en Tarragona acaba de saltar un jesuita de padre y muy señor mio, de tomo y lomo, en lenguaje profano diríamos de *primo cartello* ó de primera fuerza. Este es el Rdo. P. Martorell, lumbrera de la iglesia, gloria de la Compañía, con mas títulos que un académico y mas diplomas que las máquinas de Singer. Lo de los diplomas y títulos lo cuenta él modestamente en sus

sermones á la grey tarraconense, y por alguno de la grey ha llegado hasta nosotros pecadores.

No voyan á presumir nuestros lectores que el tema de los sermones del P. Martorell en Tarragona sea exclusivamente la relacion de sus innumerables títulos: lleva la misma consigna que el Dr. D. Vicente Manterola en Barcelona, y de consiguiente, sus baterías oratorias tienen dos objetivos, la salvacion de las almas y el cristianismo espiritista. Cómo saldrá el espiritismo de sus manos, advínelo quien conozca cuán opuestos son el cristianismo espiritista ó de Jesús, y el jesuitismo, no cristiano.

Pero así como al Sr. Manterola se le ha atravesado Amalia Domingo para poner al predicador y al espiritismo, á cada uno en el lugar que le corresponde de justicia, al Sr. Martorell se le han atravesado *varios espiritistas* por medio de un remitido en el periódico local *La Opinion*, que ni inspirado por el mismo diablo. ¡Empecatados! ¡retarle á pública discusion! ¡Cómo se entiende! ¿Por ventura los jesuitas discuten? ¿Se sabe de alguno que haya caido en la flaqueza racionalista de discutir? No, señores espiritistas ó cristianos de Tarragona: un jesuita dirá lo que crea y lo que no crea; lo que será verdad y lo que ni siquiera lo parezca; insultará, si á mano viene, á sus adversarios ausentes, hasta *descomponerse*; comerá carne en vigilia y promiscuará en viérnes de cuaresma, si esto puede refluir en beneficio de la órden; pero discutir!.... ¿Acaso ama tan poco su religion que la entregue á los peligros de la pública controversia?

Esto no obsta para que ofrezcamos al P. Martorell las columnas de nuestra revista, si quiere utilizarlas atacando el espiritismo. Por gratitud, ya que no hubiese otras razones de por medio, le deberíamos esta cortés atencion; pues habiéndose ocupado tambien de EL BUEN SENTIDO en sus pláticas, nos ha servido de elocuente anuncio, y, como es de suponer, hemos recibido aviso de nuevas suscripciones.

Ahora vean nuestros lectores lo que dicen los espiritistas de Tarragona:

Sr. Director de EL BUEN SENTIDO.

Tarragona 21 Noviembre de 1878.

Muy Sr. mio y querido hermano: He de participar á V. el triunfo que nuestras creencias han obtenido en esta ciudad sobre la secta ultramontana, debido á la intemperancia feroz y desalentada del jesuitismo en frente de la actitud de los cristianos espiritistas, siempre tranquila, benévola y serena, como conviene al que se siente animado de esa fuerza interior incontrastable, fruto de la fè razonada y de esa caridad evangélica que sólo se alcanza mediante la adhesion sincera y libre del alma á las grandes leyes y enseñanzas del verdadero cristianismo.

Mucho tiempo hacia que con cierto aire de amenaza se nos venia particularmente anunciando que un célebre jesuita estaba con afan consagrado, mediante las licencias oportunas, al estudio reflexivo y atento del espiritismo, con el propósito de emprender contra esta moderna doctrina una violenta campaña, que pusiese coto á los progresos que viene haciendo desde hace algun tiempo entre nosotros, é hiciere renacer en las almas la fé de nuestros padres, esto es, la fé del pasado, bastante quebrantada en todas ellas desde que la conciencia humana ha descubierto los destellos de una fé que se une en lazo estrecho con la razon, de una fé que no se estremece y vacila ante las luchas y las conquistas de la inteligencia, de una fé que siendo esencialmente cristiana y filosófica, antigua por su origen luminoso, divino y fecundo, moderna por sus tendencias progresivas, civilizadoras y humanas, se llama *la fé del porvenir*.

Grande fué nuestro regocijo ante una perspectiva semejante. Cansados de esas vulgaridades insignes, de las que jamás hemos querido ocuparnos, con qué suele ser tratada nuestra creencia desde los púlpitos, esperábamos llenos de satisfaccion oír un juicio fundado en el conocimiento exacto del asunto, juicio, severo tal vez, pero juicio que, inspirado en el deseo del bien, no podia ménos de manifestarse en lenguaje moderado, comedido y exento de toda imputacion torcida y maliciosa, dado que la lealtad y buena fé son condiciones esenciales de todo contendiente que cuenta con los recursos de un talento vigoroso y de una conviccion firme y honrada.

¿Cómo ha correspondido el Rdo. P. Martorell á estas esperanzas?.... Habrá de permitirme V., Sr. Director, que omita todo juicio sobre este punto. Además, el P. Martorell ha ad-

quirido en el púlpito fama merecida de sabio y profundo, y hemos de suponer caritativamente que si en esta ocasion estuvo no sólo inferior á sí mismo, sino verdaderamente desconocido, segun afirmacion de personas que repetidamente le han oido, sería indudablemente debido á las dificultades insuperables con que un orador evangélico habrá de luchar forzosamente al querer combatir una creencia cristiana, expresion viva y pura de las enseñanzas sublimes del Hijo del hombre. De ahí esos periodos animados y verdaderamente elocuentes en los que el orador, con hermoso arranque, batía y destrozaba principios inmorales y absurdos que despiadadamente achacaba al espiritismo, y de ahí tambien ese desfallecimiento y dificultad de expresion, en él inesplicables, al condenar las que son verdaderamente sublimes y consoladoras verdades de nuestra creencia. ¡Qué fuerza de conviccion, que energía en la frase al revindicar la libertad humana, que suponía negada por nosotros, dado que segun él admitimos dos clases de espíritus, condenados á ser buenos ó malos por origen y naturaleza! ¡Y cuánta pobreza en la frase y qué timidez en el gesto y en la voz al invocar las escelencias del infierno católico, sobre nuestra nocion de ultra-tumba, como obra de un Dios misericordioso y bueno *que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva!* Retos repetidos provocándonos á *todos los terrenos de la discusion*, frases injuriosas y duras, que no digo que merecieran nuestro desprecio, pero sí nuestra compasion, imputaciones de vicios y aun de delitos como resultado de nuestra doctrina, tales fueron los recursos de que echó mano el señor Martorell, con profundo asombro nuestro, para llenar su compromiso y dar por derrotada y muerta la creencia cristiano-espiritista.

Un detalle característico y precioso. Dijo el señor Martorell en uno de sus sermones que, habiendo asistido á varias reuniones ó sesiones de espiritismo, ha notado siempre en ellas una especie de mal olor parecido á azufre y un calor semejante á fuego, efecto de la presencia del diablo.—Hasta tal punto puede descender por el camino del ridiculo y del absurdo un talento como el del señor Martorell á impulsos de un rencoreso y sañudo afan.

Varios de nuestros hermanos en creencia, con el propósito de llevar al señor Martorell á terreno mas racional y filosófico, quisieron entablar con dicho señor una polémica periodística que juzgaron de fecundos resultados, y, al efecto, dirigieron al periódico de esta ciudad *La Opinion* el siguiente remitido:

SR. Director de *La Opinion*.

Muy señor nuestro: El reverendo padre Martorell ha realizado, por fin, los propósitos que se nos venian anunciando hace tanto tiempo de atacar el espiritismo desde el púlpito, en los sermones que ha pronunciado en la iglesia de San Juan del Puerto de esta ciudad. De la ilustracion y dotes del padre Martorell esperábamos siempre una exposicion razonada y tranquila, sostenida en el terreno verdaderamente filosófico, con exclusion de toda frase injuriosa ó poco culta, exposicion en la cual resaltase el respeto á los adversarios, condicion primera de la buena educacion que le reconocemos y necesaria siempre para el que quiere ser respetado por aquellos. El señor Martorell nos ha dejado completamente defraudados en nuestras esperanzas. Manifestando condiciones bien escasas para la discusion serena y filosófica, ha demostrado tendencia irresistible y aptitud sobrada para entrar en el fácil terreno del escarnio y del epigrama. No hemos de seguirle en tan espinosa senda. Ni lo consienten nuestros principios, ni lo permite la alteza y dignidad de las creencias que defendemos. El señor Martorell se descompone con facilidad pasmosa. Y ha dicho un profundo pensador moderno que el que se descompone no tiene razon. Rogamos al señor Martorell que no se descomponga.

Si el señor Martorell quiere, por feliz escepcion, abandonar el lenguaje que le es tan habitual y propio, le ofrecemos ocasion propicia para emplear sus elevadas dotes en un objeto que será sin duda á sus ojos laudable y meritorio. Le proponemos una discusion pública en los periódicos, en la cual él podrá atacar y nosotros defender el cristianismo espiritista y todos y cualquiera de los puntos filosóficos que abarca en su desarrollo y providencial desenvolvimiento. Somos hombres de buena fé que creemos poseer la verdad y deseamos sostenerla. No la verdad impuesta, no la verdad dogmática, no la verdad oficial siempre relativa, siempre vaga, siempre incierta y mudable, sino la verdad que la mente concibe y el corazon siente á la luz de la razon, de la filosofía y de los hechos. Y seguros de estar en terreno firme sobre base tal, nosotros, simples particulares, sin titulo ni diploma, segun frase del señor Martorell, no vacilamos en retar, como lo hacemos, á este furioso y autorizado jesuita á discusion tranquila y razonada, ofreciéndole sinceramente abandonar nuestras creencias por las suyas, si de la discusion resultasen aquellas más racionales y filosóficas que las que con fé creciente y viva nos empeñamos en profesar y defender.

Considere el señor Martorell que no pasa de ser una travesura bien trivial é inocente el increparnos desde el púlpito, como lo hace, por nuestro silencio en aquel sitio, y que no habrá de refluir en crédito para sus opiniones el manifestarnos un desprecio muy abonado y cómodo para evadir la discusion. Considere que son realmente muy grandes, como ya dijo, los progresos que hace el

espiritismo y que no parece de campeones serenos rehuir el combate con adversario dispuesto á la defensa, para, cual otro D. Quijote, ostentar fuerzas y bríos ante inermes rebaños y molinos de viento.

Siendo cierto el olor á azufre que ha observado en nuestras reuniones, el diablo habrá de aparecer, ante la lógica del señor Martorell, cogido poco menos que *infraganti*. En todo caso, con argumentos de tal temple ó con otros mejores, que, sin duda, debe guardar para tal ocasion el señor Martorell, esperamos nos honre aceptando nuestra cortés y leal provocacion, que hacemos estensiva tambien á cuantas personas quieran salir al ataque de nuestra doctrina bajo cualquiera punto de vista.

De usted, señor director, affctmos. S. S. Q. B. S. M.. *Varios espiritistas.*

Por toda contestacion á este remitido, el Sr. Martorell declaró que no podia aceptar la polèmica periodística, porque la publicidad no convenia en manera alguna á sus miras. Confesion preciosa que nos conviene dejar consignada y repetir muy alto: el Sr. Martorell teme la discusion; el Sr. Martorell teme la publicidad.

Una serie de consideraciones de grande enseñanza se desprende de este hecho elocuente y significativo. El Sr. Martorell, tan autorizado y con tantos titulos y diplomas, segun manifestacion suya, ha podido y puede lanzar sobre nosotros calificativos y juicios que hemos olvidado ya y que sinceramente le perdonamos. Nosotros, contenidos no solo en los limites legales sino en los que nos señalan nuestra propia prudencia y comedimiento, le hemos invitado cortesmente á discusion pública, más bien dicho, hemos recogido sus retos y provocaciones repetidas. Y, sin embargo, el Sr. Martorell, *no discute*. Está bien. Ahora, las personas imparciales y de recta intencion mediten y juzguen. ¿Se ha visto alguna vez que la verdad tema la discusion?

Réstanos, despues de todo, manifestar al R. P. Martorell, como sinceramente lo hacemos, la expresion de nuestra gratitud más viva por el triunfo que ha proporcionado á nuestras cristianas creencias. El Sr. Martorell, con su frustrado ataque, ha motivado un crecimiento notable en el número de adeptos á ellas y en el entusiasmo y decision de que nos sentimos todos animados. Sabemos que la contradiccion es tambien ley de la vida y agente poderoso del progreso. Y, al manifestarle nuestro reconocimiento, lo hacemos leal y sencillamente, sin intencion maliciosa ninguna, y rogamos al cielo que le tome en cuenta esta buena accion para su bien y adelantamiento en las vias del progreso moral y espiritual.

De V., Sr. Director, afectísimo amigo y hermano.—C.

VARIEDADES.

|| QUIEN FUERA COMO ÉL ||

En nuestra última escursión á Tarrasa hemos conocido á un jóven que se llama José, el cual nos ha interesado vivamente, y vamos á referir su triste historia.

Pertenece á una familia pobre, y mas que pobre, turbulenta, que no se resigna con las contrariedades de la vida: nuestro héroe perdió á su madre, y su padre casó en segundas nupcias con una buena mujer, que trata á José con mas ternura que su padre y sus hermanos.

La Providencia ha querido hacer menos ruda la terrible prueba de nuestro pobre hermano; pues ya que los suyos lo miran como á un enojoso estorbo, al menos hay un sér que de vez en cuando le sonríe.

Hasta la edad de catorce años estuvo José trabajando en una fábrica de tejidos: entré sus compañeras de trabajo habia una jóven muy entusiasta por el espiritismo y hablaba continuamente á nuestro amigo de la creencia espírita. El muchacho la escuchaba sonriéndose, y al fin, instigado por ella, consintió en asistir á una sesion espiritista. Al terminarse aquella, exclamó: «Estoy convencido; el espiritismo es una verdad;» y desde entonces, como si le hubiesen quitado una venda de sus hermosos ojos, mira al infinito y encuentra la realidad.

Su organismo endeble, ó mejor dicho enfermizo, raquítico, pues parece un niño de ocho á diez años, se sintió herido por una enfermedad horrible: un dolor agudo se apoderó de sus débiles piernas, sus piés se negaron á dar un paso y cayó desplomado en una silla para no volverse á levantar.

¡Cinco años han transcurrido! y José, si unos brazos compasivos no le trasladaran á su lecho, de noche y de dia ten-

dria que permanecer en un mismo lugar, porque la parte inferior de su cuerpo no dà mas señales de vida que para sentir fuertes dolores, pero sin agitarlas el mas leve movimiento.

¡Ahora cuenta diez y nueve años!... ¡Está en lo mas bello de la juventud! ¡cuando el hombre se siente capaz de conquistar un mundo, cuando no existe el imposible, cuando el alma y el cuerpo rivalizan en vigor y lozanía, cuando la creación nos sonríe, porque la esperanza nós alienta; y tanta vida!... tanta fél!... tanto amor!... han desaparecido para el pobre baldado de la tierra! La noche la pasa reclinado en su lecho, si los dolores le permiten estar echado; el dia sentado en una silla, oyendo en torno suyo blasfemar á unos, maldecir á otros, reprocharle acaso su inutilidad y desearle la muerte, porque estorba. Ve á los suyos luchar en penosas contiendas por falta de recursos, ó de provision; y aquel pobre sér, que se agosta poco á poco, acaba de asfixiarse en aquella atmósfera viciada por el egoismo y la desesperacion, y nada mas natural que se impacientára, que se quejara de su triste estado, y aun en momentos dados pidiera á Dios la muerte en un arranque de dolor supremo.

¿Serian censurables semejantes arrebatos? No; porque no se puede pedir á los hombres mas que obras de hombres; pero José es un espíritu que, envuelto en andrajoso vestido, ha venido á la tierra para servir de ejemplo á su atribulada familia y á cuantos le conocen; porque á no venir con una mision especial, no se concibe tanta resignacion, tanta mansedumbre, que despierta la admiracion de cuantos van á verle.

Nosotros teniamos noticias suyas; pero la realidad ha superado nuestras esperanzas. Pensábamos ver á un jóven melancólico, sombrío, llevando en su pálida frente el sello de la amargura, y encontramos un niño débil y enfermó sentado en una silla baja, sus piés apoyados en otra mas pequeña. Su hermosa cabeza, cubierta de rubios cabellos, descansa sobre unos hombros estrechos y un pecho hundido. Dominan y embellecen su rostro sus ojos pardos, grandes, rasgados, de mirada magnética, en los que irradia un algo celestial. Su boca, plegada por la mas dulce sonrisa, dà á su semblante una espresion tan tierna, tan espresiva, tan simpática, tan espiritual, que se siente uno dominado y atraído por aquella criatura que tiene los piés en la tierra y el pensamiento en la inmensidad.

Sus manos pequeñas y delgadas accionan con gracia summa, y su mimica es tan elocuente, tan persuasiva, dice tanto su ademan cuando cruza sus manos y eleva la mirada al cie-

lo, que nosotros seguíamos su mirada, porque nos parecía que flotaba cerca de él una aureola luminosa.

Cuando nos vió nos acogió con la mas franca alegría; pero copiaremos nuestro diálogo para acentuar mejor sus palabras.

—¿Deseabas conocerme?—le preguntamos con ternura.

—Sí, señora; ya la conocia de nombre.

—¿Sabes leer?

—No; pero los hermanos me hablaban de V.

—Tambien me hablaban de ti y me celebraban tu paciencia. ¡Pobrecito mío!

—¡Pobrecito! no; ¿Por qué? ¿Porque voy pagando mis deudas? ¡Sabe Dios lo que yo seria ayer!

—¿Supones haber merecido tu actual estado?

—Pues ya lo creo: en la infinita misericordia del PADRE, nadie puede padecer sin causa; por esto yo, reflexionándolo y conociéndolo así, no sufro ni me desespero por verme sentado en esta silla. ¿Sabe V. lo que yo siento? que mi familia no tenga mis ideas. Cuando veo que gritan, que se maltratan, que reniegan de todo, que dudan de la existencia de Dios, entonces elevo mi súplica al Padre, y digo: «Señor! perdónalos que no saben lo que se hacen.» Otras veces me dirijo á ellos diciéndoles. «¡Miradme! ya veis lo que padezco; que paso muchas noches en vela, porque mis dolores no me dejan dormir; que si no me levantárais, yo no puedo valerme; y ya veis, estoy tranquilo y contento, porque voy quitando *remiendos* de mi *vestido viejo*, y cuando acabe de quitarlos todos, dejaré mi envoltura y me presentaré al Padre y le dire: ¡Mírame, Señor! Tú que eres tan bueno, perdóname los muchos pecados que aun me quedarán, y déjame ir á respirar el puro ambiente de tus campiñas celestiales. Yo soy feliz, porque espero y confío; porque creo en la justicia y en la misericordia de Dios.» Algunas veces me escuchan, y entonces me tratan con mas cariño.

—¿Tienes muchos hermanos?

—Seis.

—¿Y te quieren algo?

—Sí sí; un poco; no dejan de quererme, no; pero yo.... ¡oh! yo los quiero mucho mas á ellos.—Y la hermosa mirada de José reflejaba un amor inmenso.

—¡Cómo te aburrirás de estar siempre así!..

—No, no; no lo crea V. que me aburro; me han enseñado á hacer medias, y las hago para mis hermanos; otros ratos doy gracias al Padre, porque me ha permitido en esta exis-

tencia ver la luz; porque me ha hecho poseedor de la verdad. De vez en cuando vienen algunos espiritas á verme, y entonces sí que me pongo contento, porque ellos y yo nos entendemos, y hablamos del porvenir.

—¿Y te visitan con frecuencia?

—¡Ay! no.

—Pues debes reñirles.

—No señora, no; ¿no vé V. que son pobres trabajadores, que necesitan el dia para ganarse su sustento y la noche para trabajar?

—Bien; ¿y el dia de fiesta?

—¡Oh! el dia festivo.... tambien tienen que hacer en su casa; siempre le falta tiempo al obrero. Créame V., yo lo sé por mí mismo. Aun me acuerdo cuando yo trabajaba.—Y se sonrió con tristeza.

—¡Pobre José! ¡eres muy bueno!

—Trato de no ser egoista. Porque yo esté haciendo mi *trabajo*, no he de ser exigente con los demás.

—¡Tu trabajo es sufrir!....

—Mi trabajo es progresar; y ya que mi cuerpo está inútil, justo es que mi espíritu se eleve: y crea V. que tengo ratos de gran goce; porque mi alegría espiritual es inmensa!.... ¡Cuando miro á la tierra.... entonces sí que no tengo ninguna!

Estas últimas palabras las pronunció con un acento tan triste y tan resignado, que nuestro sér se conmovió profundamente, y copiosas lágrimas afluyeron á nuestros ojos. El nos miraba con melancólica estrañeza: se conoce que compadecia nuestra debilidad, y trató de alentarnos diciendo con voz vibrante.

—Sí, Amalia, no hay mas, no hay otra solucion, el que debe paga, y pagando queda libre. La vida de aquí es menos que un segundo comparada con la eternidad. ¿Qué tiempo llevo yo de padecer? cinco años. Y qué es eso para el sinnúmero de siglos que he vivido, y he de vivir? ¡Quién sabe lo que fui yo ayer! ¡quizá un tirano de la humanidad! y mañana tal vez seré un apóstol del progreso: hoy soy pobre, tullido, ignorante, porque no sé ni leer; pero el Padre me ha concedido ver la luz divina de su gloria, y en medio de mi pobreza soy rico. ¡Oh! si los míos lo comprendieran como yo, que en tanto tienen el alimento del cuerpo, cuando éste con poco tiene bastante! ¡El espíritu! ¡el espíritu es el que necesita alimento mas sano y nutritivo, pues tiene que vivir siempre! Por eso estoy yo tan resignado, porque quiero correr mucho, apesar de estar baldado.—Y nos miraba con la mas significativa sonrisa.

Nosotros al escucharle nos sentíamos humillados ante la superioridad de aquel espíritu tan fuerte, tan noble y tan decidido, y decíamos con pena: ¿qué somos ante ti? ¡Nada! El dolor físico nos aterra, la soledad del alma nos abrumba, el porvenir nos espanta. Creemos en el mañana, sí; creemos que el espíritu es responsable de sus actos; pero por esta misma causa nos rebelamos contra nuestra inferioridad. Ese doble yo que hay en el ser humano, entra en discusión; el uno se cree con derecho para despreciar al otro, y luchamos, y exclamamos con íntima emoción: ¡Aun somos el embrión rudimentario del ser pensante de la creación! Y esta pobre criatura, que pasará desapercibida en el mundo, y que los pocos que se fijan en ella la compadecerán, ¡á qué envidiable altura se encuentra!... ¡qué claro raciocinio! ¡qué indulgencia para todos, y qué severidad para consigo misma! ¡Qué confianza en Dios! ¡Cuánta fé en su eterna justicia! ¡Qué conocimiento tan exacto de las leyes divinas! ¡Cuán bien presente la vida universal, y no conoce una sola letra del alfabeto de la tierra!

¡Cuántos hombres sabios quisieran ser tan razonables como este pobre obrero, enfermo, desconocido, que nació en humilde cuna, creció en un taller y morirá en un triste rincón!

Subyugados por la grandeza de aquel espíritu, al recordarle no podemos menos que exclamar:

¡Quién fuera como él!!

¡Cuántos siglos tardaremos aun en adquirir su paciencia, su indulgencia, su cristiana resignación!

¡Somos aun tan rebeldes! ¡Sabemos sufrir tan poco! ¡nos rebelamos con tanta facilidad! que ante aquel *dichoso infortunado* sentimos una noble exaltación.

Quisiéramos ser tan buenos como él. Nos atrae su ternura. Cuando le dejamos, besamos su frente con religioso respeto, con la veneración que merece un espíritu elevado.

En nuestras horas de angustia evocaremos su recuerdo, y aconsejamos á las almas enfermas é impacientes, que en sus días de prueba fijen su pensamiento en el pobre baldado de Tarrasa, y exclamen con nosotros:

¡¡Quién fuera como él!!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Gracia.

UN CONSEJO.

Hace un año fuimos à pasar un día en una casa de campo; trasladamos al papel nuestras impresiones, y recordamos que entre otras cosas decíamos lo siguiente:

«La casa es magnífica, rodeada de inmensos bosques; pero estos son tristes, muy tristes.

»¿Nos lo parecieron quizá porque nos acompañaba en nuestro paseo una mujer enlutada, que sonreía con tristeza? No; porque para formar contraste con ella, una graciosa jóven nos aturdió con sus alegres y sonoras carcajadas. Esta última atrajo nuestra atención por su travesura y su simpático carácter. Cuenta diez y siete años, y solo representa catorce abriles, y veíamos la diferencia que existía entre ella y la dama enlutada, que la miraba dulcemente.

»Aquellas dos mujeres formaban la medalla de la vida.

»La una caminaba pausadamente.

»La otra corría á la desbandada.

»De aquellos dos espíritus, el uno nada espera de la tierra, y el otro pide á este mundo caricias y amor.

»¡Son el invierno y la primavera!

»¡La experiencia y la ilusión!

»¡Los dos polos de la existencia!

»¡La una llora en una tumba! La otra sonríe aspirando el aroma del simbólico azahar!

»¡Pasarán algunos años!.....

»La mujer enlutada dejará la tierra. Una nube luminosa se irá condensando, tomará forma; pero una forma vaporosa, intangible, ideal.... y un espíritu libre admirará la grandeza de Dios. En tanto, la jóven que hoy sonríe, si ha seguido la senda natural de la vida, será casada y madre, y sufrirá los azares de la existencia terrena, donde se goza un día, y se llora un siglo.»

Un año ha transcurrido desde que escribimos estas líneas, y se ha realizado la parte mas bella de nuestro presentimiento respecto á la jóven que cautivó nuestras simpatías por su trato ingenuo y sencillo, por su jovial dulzura, y por algo puro é inocente que se adivinaba en su alma.

II.

No hace muchos días entramos una noche en un templo para meditar mejor y comparar el ayer con el presente, ó mejor dicho, con el porvenir. Multitud de fieles nos rodeaban

escuchando silenciosos el monótono rezo de los sacerdotes, é involuntariamente pensábamos en los adelantos de nuestra época. Mirábamos las lámparas con cuya luz amortiguada comparábamos la luz eléctrica perfeccionada por Edison, y repetíamos las palabras de un notable escritor:

«En los tiempos de su origen, el hombre alumbraba sus inciertos pasos, por la noche, con el tizon encendido por el rayo en los bosques primitivos, luego dejó la antorcha y arrancó la luz del seno de estos bosques fosilificados; hoy hace más, hoy arranca el rayo de las nubes, y con el mismo rayo se ilumina.»

Esta perfecta espresion del adelanto humano nos hacia pensar profundamente; y el sordo murmullo de aquella plegería sin sentimiento que resonaba bajo las bóvedas del templo católico, nos inducia á exclamar: He aquí un contrasentido. Parece que la ciencia y el rutinismo se repelen; parece que en este siglo de tan importantes descubrimientos, el hombre debe tener mas espontaneidad para orar; no ha de necesitar que otros hagan su trabajo, sino que cada cual debe elevar su pensamiento á Dios sin hora fija, sin formalismo alguno, sino cuando el alma se siente inclinada á meditar.

¡Qué espíritu cristiano, cuando despierte su cuerpo y vea la dulce claridad del dia, no ha de sentirse inspirado para decir: «¡Bendito seas, Dios mio! ¡cuán inmenso es tu poder! Iluminame para que emplee las horas del dia en obras de caridad.» Y al llegar la noche, cuando el hombre se reconcentra en sí mismo, cuándo se prepara para entregarse al descanso, ¡quién no esclama con íntimo recogimiento: «¡Señor! mientras mi cuerpo duerme, deja que mi alma vaya en tu seguimiento por la senda del amor universal, y fortalecida por tí, prosiga su trabajo en el cercano dia bendiciendo tu misericordia.»

Embebidos en nuestras reflexiones, y arreglando el mundo segun las ideas modernas, de las cuales somos muy partidarios, el rumor de muchos pasos distrajo nuestra atencion: mirámos, y vimos pasar hombres y mujeres engalanados como para una fiesta, con elegantes prendidos ellas, y con traje de etiqueta ellos.

Alguien dijo cerca de nosotros: «¡Todos esos esperan á la novia!» ¿Quién será ella? murmuramos con vaga curiosidad. Y súbitamente pensamos en la jóven á quien ya nos hemos referido: sabíamos que amaba, y que era amada, y que pronto debía celebrarse su casamiento; y como si alguien nos dijera: «Espera,» esperamos.

Un jóven de porte distinguido se detuvo delante de un altar, no para orar, sino para disimular su impaciencia. Miraba á todas partes, aplicaba el oído como si quisiera escuchar el eco de una voz querida, y parecía verdaderamente la imágen de la esperanza y de la ansiedad. Se adivinaba que aquella alma era dichosa, y que sonreía ante un ensueño de ventura.

Nuevo rumor de pasos se dejó sentir, y salimos al encuentro de la que intuitivamente aguardábamos. No nos engañamos: ¡era ella!..... aquella niña encantadora que nos había hecho gozar con su inocente alegría.

¡Era ella! si, ostentando las galas de opulenta desposada. Su graciosa figura, con su nivea túnica y envuelta en una nube de blanco tul, parecía mas bella. En su juvenil cabeza descansaba una corona de azahar, y en sus lábios se dibujaba la mas dulce sonrisa. Su prometido la miraba con avidez, y aunque todos los pesimistas de la tierra nieguen que existe la felicidad, esta se encuentra á veces en nuestro planeta, y la fotografiaba fielmente la jóven pareja que se había dado cita en el templo para legitimar ante los hombres su amor.

Como trás de la luz siempre vá la sombra, la dama enlutada que hemos nombrado anteriormente seguía á la hermosa niña mirándola con profunda ternura.

Algunos momentos despues aquellas dos almas, que quizá se han amado ya en otros mundos, juraron amarse en la tierra, como Cristo amó á su iglesia. El sacerdote los bendijo, y los felices recién casados abandonaron el templo, donde habían dejado su libertad. En aquellos instantes su cadena era de perfumadas flores. ¡Plegue á Dios que estas siempre conserven su preciado aroma!

La ceremonia del casamiento es imponente y conmovedora: en ella se contrata la tranquilidad y la felicidad de dos existencias; y por Dios que esto es mucho aventurar. Bien se puede llamar á ese acto solemne el contrato del imposible.

III.

Sabido es que cuando nuestros amigos se casan, se les ofrecen regalos mas ó menos ricos: nosotros tambien queremos, siguiendo esta costumbre establecida, ofrecer un recuerdo á la jóven que hoy sonríe embriagada de felicidad. Nuestro presente es un útil consejo.

¡Niña querida! hace un año que te vimos por vez primera,

y admiramos tu gracia, tu candor y tus buenos sentimientos. Hoy entras en el escenario de la vida, donde estás llamada á representar un gran papel.

Tu espíritu ha obtenido la recompensa que alcanzan los seres dichosos de este mundo: un hombre noble y digno, jóven y amante, te ha dado su nombre y su amor. No cabe en la tierra mayor felicidad. Más..... si cabe la perpetuidad de esa dicha.... ¿Quieres que esta te dure por toda la eternidad? Pues bien; pídele consejo al elevado espíritu que hace año y medio que dejó la tierra. Tú eras las predilecta de su alma, y sin duda alguna, él también te bendijo la noche de tu casamiento.

¿Te acuerdas? cuando él dejó este mundo, seres agradecidos exclamaron con íntimo sentimiento:

¡Bendita sea la hora
Que se cumplió tu condena!
¡Tiende tu vuelo alma buena;
Bastante sufriste aquí!.....

Vè á gozar la recompensa
De tu vida laboriosa:
Adios, ¡alma generosa!
Los pobres lloran por tí.

En su tumba también se encontraron sencillas coronas de flores naturales, con esta significativa inscripción: «*Un recuerdo de los pobres.*» Así, pues, niña querida, haz de manera que tu marido te adore y los pobres te bendigan.

Porque los pobres son los pequeñuelos
Que no llevan al atrio de los cielos.

Sigue el ejemplo de aquella alma buena. Cuando estés sola en tu lujoso gabinete, evoca su recuerdo, ruégale que te inspire, que guíe tus pasos en el mundo, para que seas, como fué él, la providencia de los desgraciados: y cuando veas entrar á tu marido, sal á su encuentro, y dile sonriendo:

—Quiero salir contigo.

—¿Dónde vamos? te dirá él mirándote con ternura.

—A visitar á los pobres.....

Adios, jóven desposada; acuérdate de los desheredados de la tierra, si quieres ser feliz aquí y en la eternidad.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Sr. Director de EL BUEN SENTIDO.

Estimado hermano y amigo: Espero merecer de su amabilidad la insercion de estas lineas en su ilustrada REVISTA, por lo que le anticipo las gracias.

No puede V. figurarse la alegria y la tranquilidad que en mi ánimo infunde la lectura de las cristianas doctrinas que EL BUEN SENTIDO viene proclamando, sin retroceder una pulgada, desde el dia de su aparicion. Con ansiedad suma aguardo el número que mensualmente se publica, y lo leo con avidez. Su filosofia me satisface por completo, su concepto religioso me consuela, su valentía me entusiasma. EL BUEN SENTIDO es sin disputa un órgano fiel de la doctrina de Jesús.

Pero como no hay luz sin sombra en el misero planeta que habitamos, yo he visto una sombra en el número correspondiente al mes de octubre último, y me ha de permitir V. que así lo manifieste. Me refiero al *remitado* suscrito por el Sr. D. C. M. de Almenar. Yo ya sé que la doctrina espuesta en dicho remitido, en todo aquello que se refiere al matrimonio, no es la de esa redaccion, y me complazco en consignarlo; yo ya sé que EL BUEN SENTIDO (1) no acepta las ritualidades de las religiones positivas ni contemporiza con ellas, consecuente con su cristiana y civilizadora propaganda; pero como el contenido del remitido en cuestion me ha causado honda pena, séame lícito verter algunas consideraciones pertinentes al asunto. ¡Cuán preciosa ocasion se le habia presentado al Sr. M. con la negativa del cura de Almenar, de contribuir con el ejemplo á la emancipacion moral del pueblo, á sacudir ese yugo que oprime á las masas ignorantes! ¡Qué mejor titulo podia ostentar, al lado del de cooperador en la publicacion de ROMA Y EL EVANGELIO, que casar civilmente á su hija, con lo cual habria demostrado á amigos y adversarios su fé ardiente, la solidez de sus convicciones y su indiferencia por las formas! Si vamos mendigando, como quien dice, de puerta en puerta, la aplicacion en nosotros mismos de esas fórmulas que nada significan, ¿cómo persuadiremos á los demás de su inutilidad y de los errores de la iglesia pequeña?

«Si oyereis que el Evangelio es el agua, y las manos elevadas al cielo, y los golpes en el pecho, y *las formas*, y la adoracion exterior; en verdad os digo que ese es el evangelio de los hipócritas, mas no el de Jesús, que recomendó el amor y la adoracion á Dios en espíritu y en verdad.»

Estas lineas se hallan en la página 183 de ROMA Y EL EVANGELIO, de cuya doctrina se hace solidario en su escrito el Sr. M. de Almenar. Sin embargo ¡cuán distintas son sus apreciaciones

(1) Efectivamente es así. Respetamos á los espiritistas que opinan de diverso modo; pero combatimos y combatiremos su eclecticismo religioso.

de hoy! «Amigos míos,—se lee en la pág. 85 del mismo libro:—sabed desde hoy romper vuestros escrúpulos ó miramientos mundanos respecto á la defensa de las verdades que os han sido iniciadas.» Y no obstante, hoy el Sr. M. ha querido para su hija el matrimonio canónico, por ser el civil mirado con prevención por la generalidad de las gentes. Cuidara su hija, como cuidará, de ser un modelo de esposa y madre; cuidara de dejar tras de sí un rastro de buenas obras, enjugando las lágrimas del infortunio, y esas miradas de prevención se hubieran trocado en sincero afecto, sirviendo á la maledicencia de mordaza. Lo sé por experiencia.

«Basta ya de temores indignos y consideraciones egoístas, único sosten del vacilante edificio de los absurdos religiosos.» Esto dice ROMA Y EL EVANGELIO, pág. 25: ¿qué dice el remitente ó comunicante de Almenar? «Transijamos; arrimemos el hombro al vacilante edificio, para que tarde en desplomarse.» La verdad no deja de serlo porque uno ó mil la nieguen; pero son obstáculos que se oponen á su paso las indecisiones de los débiles.

Ruégole segunda vez, Sr. Director y amigo, dé V. cabida á estas líneas en su ilustrada publicacion. Usted no ignora que la cuestión que he tocado me interesa muy de cerca; y además, como admirador que soy de las sublimes enseñanzas contenidas en el precioso libro ROMA Y EL EVANGELIO, deseo hacer constar que no está inspirado en dichas enseñanzas el remitido del Sr. M. de Almenar. Y me despido de V. y de los lectores de EL BUEN SENTIDO, suplicándoles me dispensen por el tiempo que he molestado su atención.

M. TORRES.

Montroig Noviembre de 1878.

Hace tres dias publicábamos, tomándola de un colega, una noticia referente á un milagro que se habia obrado por la Virgen del Pilar de Zaragoza en la persona de una mujer paralítica, que despues de orar con fervor ante aquella imágen, se sintió curada y se pudo presentar en la redaccion de un colega zaragozano. Pues bien, nosotros podemos ampliar la historia de este *milagro*, ya que la *paciente* hace tiempo vive en Barcelona y hoy podrán encontrarla los curiosos en el Ensanche, calle de Aragon, núm. 412, piso primero. Los pormenores que vamos á apuntar los debemos á algunos vecinos de la calle de Gerona, en cuya calle es muy conocida la tal *paralítica*. Hace dos ó tres años que vive en esta ciudad la tal señora, habiendo servido primeramente de criada en el Paseo de Gracia. Por fin, se la vió este Setiembre vendiendo uvas en la plaza de Gerona. Hace unos dos meses poco mas ó menos se observó que visitaban su casa

ciertos tipos de sacristía, y de la noche á la mañana se presentó en la calle, andando con dificultad y diciendo que le habia sobrevenido una parálisis.

Su cara, su buen humor, todas las apariencias, en fin, acreditaban todo lo contrario, pues hasta se la veía bailar y correr y saltar en una taberna vecina. Por sí sola cuidaba de los quehaceres de su casa, se peinaba, etc., por cuyo motivo no faltó quien sospechara de que aquello de la parálisis obedecía á algun plan que debia desarrollarse. En esto llegó la rebaja que con motivo de las fiestas del Pilar hizo el ferro-carril de Zaragoza, y nuestra heroína se dirigió á la capital de Aragon, diciendo que iba á rogar á la Virgen la curara. Volvió á los pocos dias, efectivamente curada, y ahí la tienen los curiosos en la calle y número que hemos dicho. En la calle de Gerona no se habla de otra cosa que de este suceso, mayormente desde que se ha hecho público el *milagro*, lo cual da lugar á bromas y peripecias que no son para referidas, siendo entre el vecindario dogma de fé que la Fulana cobra diez reales diarios de no sabemos qué asociacion clerical. Tales son los hechos públicos y notorios y que recomendamos al periódico zaragozano que fué el primero que habló del asunto, limitándonos nosotros á lamentar que, como en otros tiempos de tragaderas, se inventen hoy tan ridiculas patrañas.—*El Globo*.

*
* *

Lo bueno que tienen ciertos presbíteros es que aunque los cambien ustedes de clima no cambian ellos de condicion.

Hasta en los Estados-Unidos se usa eso de las excomuniones.

Es el caso que en un pueblo de allá han incendiado unos campos de caña.

No se ha podido encontrar á los delincuentes, y ha dicho el cura:

—«¡Déjenme ustedes á mi ese asunto! ¡Yo lo arreglaré empleando para ello la espada espiritual que el Todopoderoso ha puesto en nuestras manos!»

Y ha cogido una pluma y ha escrito un documento bañado de caridad cristiana ¡que me rio de los presbíteros de la edad Media!

El documento acaba recomendando al cura subordinado de la catedral, que despues de la misa mayor eche al aire los siguientes cohetes:

«¡Malditos de Dios y de su Santísima Madre sean los dichos excomulgados!—Amen. ¡Que sus hijos queden huérfanos y sus esposas viudas!—Amen.—¡Que el sol se les oscurezca durante el dia y la luna durante la noche!—Amen.—¡Que de puerta en puerta mendiguen la caridad y que no encuentren nadie que les haga un bien!—Amen.—¡Que sobre ellos caigan las plagas que Dios envió sobre el reino de Egipto!—Amen.—¡Que sean tragados vivos

como por sus pecados lo fueron Sodoma y Gomorrah y Dathan y Abiron!—Amen.»—Y despues de lanzadas estas maldiciones, diga, metiendo las velas encendidas en el aceite: «Asi como estas luces se extinguen en el agua, asi se disipen sus excomulgados espiritus y se hundan en lo profundo del infierno, como el alma de Judas el apóstata!»

¡Echa, echa, patas de demonio!

¡Y el hombre se habrá quedado tan descansado, y creerá que ha prestado un gran servicio á la industria azucarará!

¡Ay! ¡No le queda á uno ni siquiera la esperanza de que los presbíteros de otros países sean diferentes de los de acá! *El Globo.*

*
* *

De Alemania escriben á la *Civiltà cattolica* lo siguiente:

«Segun lo habia prometido, la Santísima Virgen apareció en Dittrichswalde el 2 de Agosto, fiesta de la Porciúncula, y el 15 de Agosto, solemnidad de la Asuncion. Mas de 7.000 personas llegadas de todas partes de Alemania rezaban el rosario: cuando se hallaban en el segundo misterio, dos criaturas privilegiadas, la viuda Bilitewska y la niña Wiczorek, cayeron rápidamente en éxtasis, durante el cual permanecieron insensibles á las picaduras de alfileres y otras pruebas. La Santísima Virgen insistió sobre todo en la vuelta á las prácticas eficaces de los preceptos religiosos, amonestó contra la incredulidad y el abuso de las bebidas espirituosas, y recomendó el rezo del santo rosario. Se verificaron nuevas curaciones. Las niñas videntes no asistian esta vez a la aparicion, porque el Obispo de Ermeland las ha colocado en un Convento. El dia de la Asuncion el concurso de fieles fué aun más considerable; el número de devotos se acercó á 50.000, y las curaciones fueron tambien bastante numerosas. Pero lo mas importante fué que, interrogada apropósito por las videntes, la Santísima Virgen aseguró que cesarian las persecuciones, que los pastores volverian junto a sus rebaños, y que Leon XIII tendria el consuelo de asistir á un espléndido triunfo de la Iglesia. Entiéndase bien que, á pesar de toda la confianza inspirada por la sinceridad de las videntes, yo no refero sino con todas las mayores reservas tan consoladora profecía.»

Y EL BUEN SENTIDO, tambien con todas las reservas necesarias, la reproduce de buen grado, para que sus lectores se rian sin la menor reserva de la profecía, de las videntes, del narrador, de la *Civiltà Cattolica*, del *Consultor de los Párrocos* que copia el milagro, y de los demás que intervinieron en tan risible ceremonia.